

María Gainza, un brindis por lo falso

LETICIA BLANCO Barcelona



La crítica de arte y escritora María Gainza. ROSANA SCHOLJETT

[o comentarios](#) **Comentar**

¿Es la falsificación la gran obra de arte del siglo XX? La última novela de la crítica de arte María Gainza es un delicioso y divertido juego entre lo real y lo inventado, el original y la copia.

Hace unos meses se publicó en España *El nervio óptico* de la crítica de arte María Gainza. Ocurrió lo que pocas veces sucede con una primera novela de alguien *a priori* ajeno al mundo literario: la crítica cayó rendida de forma unánime y entusiasta ante aquel breve libro que entrelazaba retazos de historia del arte con la crónica íntima de una familia bonaerense, *bien* pero venida a menos. Gainza vuelve ahora con una segunda novela, *La luz negra*, que no se aparta de su hábitat natural, **el mundo del arte**. Más bien se adentra en su zona oscura, sus márgenes extraoficiales, **ese terreno que se mueve entre la leyenda y la pura ilegalidad: el mundo de la falsificación**. Gainza, conviene recordar, ha sido corresponsal de *The New York*

El Mundo - La Esfera de Papel 12/12/18

Times y de la prestigiosa *ArtNews* en la capital argentina y colaboró durante más de una década con *Artforum*, la biblia norteamericana del sector. Gaínza sabe donde pisa.

La protagonista de *La luz negra* también es crítica de arte en un diario. Está de vuelta de todo, deprimida, y se dedica a vagar por el pasado, recordando tiempos mejores y alimentándose de la memoria. Recuerda sobre todo a **su queridísima amiga Enriqueta, una eminencia de la tasación** que, en sus ratos libres, participaba en una banda de falsificadores. Para recordarla mejor, porque la echa muchísimo de menos, intenta reconstruir los recuerdos que le dejó la propia Enriqueta: historias de falsificadores mucho más legendarios como la muy *bolañiana* **Banda de Falsificadores Melancólicos** que, en sus días de gloria, allá por los 50, lideraba una misteriosa y virtuosa falsificadora llamada **La Negra, especializada en copiar los retratos de la austríaca Mariette Lydis**, retratista de la alta sociedad bonaerense que aterrizó en Argentina huyendo de la Segunda Guerra Mundial tras despuntar en París y refugiarse de los nazis en la campaña inglesa. **Sorpresa, Lydis existió en la vida real: el juego está servido.**

Decía el santo patrón de los mentirosos con encanto, **Tom Ripley**, que «el artista hace las cosas de modo natural, sin esfuerzo. Alguna fuerza sobrenatural guía su mano. **El falsificador tiene que forcejear, y si tiene éxito, su logro es auténtico**», algo que suscribirían a pies juntillas tanto Enriqueta (una gran fan de *For fake* de Orson Welles) como La Negra. Esta última seguramente haría suya esta otra reflexión que aparece en *La máscara de Ripley*: «Si uno pintaba más falsificaciones que cuadros propios, ¿no se convertirían las primeras en algo más natural, más real y auténtico, incluso para uno mismo, que las propias obras?».

Porque, **¿acaso no puede lo falso dar tanto placer como un original?** ¿No es lo falso a veces más verdadero que lo auténtico? **«¿Y en el fondo, no es el mercado el verdadero escándalo?»**, se pregunta Enriqueta, el corazón que hace latir toda la novela (aunque muera demasiado pronto), un personaje delicioso y memorable cuyas reflexiones sobre el mundo del arte atraviesan todo el libro como flechas: «Cuando un coleccionista compra no está comprando arte, está comprando una confirmación social de su inversión. Paga para estar seguro, y estar seguro es caro». O esta otra: **«A veces me pregunto si la falsificación no es la única gran obra del siglo XX»**. Gaínza, además de poseer un estilo natural y adictivo (todo lo contrario de la pomposidad y el lenguaje ambiguo que se asocia al mundo del arte), es muy divertida (el taxista-ninja y la hilarante sesión de espiritismo con expresionistas franceses son dos ejemplos) y eso siempre suma.

El equívoco entre lo real y lo inventado recorre toda la novela de forma tan elegante (la cena en casa de Bioy Casares con Borges, el encantador catálogo de subasta de los bienes de Mariette Lydis, **¿fue de verdad íntima de Amelia Earhart?**) que uno se deja caer por *La luz negra* como si fuera un tobogán, preguntándose a veces qué habrá de cierto y de falso en lo que cuenta Gaínza pero finalmente pensando: ¿y en el fondo, qué más da si es real o inventado, historia o engaño? **«Como si la verdad fuera la gran cosa y no simplemente un cuento bien contado»**.